

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

15 CÉNTIMOS NÚMERO

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

ADVERTENCIA

A ESPAÑA

DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN DE MARZO

¿Qué era, decidme, la nación que un día reina del mundo proclamó el destino, la que á todas las zonas extendía su cetro de oro y su blasón divino? Volábase á Occidente, y el vasto mar Atlántico sembrado se hallaba de su gloria y su fortuna. ¡Doquiera España! En el preciado seno de América, en el Asia, en los confines del África, allí España. El soberano vuelo de la atrevida fantasía para abarcarla se cansaba en vano; la tierra sus mineros le rendía, sus perlas y coral el Océano, y donde quier que revolver sus olas él intentase, á quebrantar su furia siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida, abandonada á la insolencia ajena, como esclava en mercado, ya aguardaba la ruda argolla y la servil cadena. ¡Qué de plagas! ¡Oh Dios! Su aliento impuro, la pestilente fiebre respirando, infestó el aire, emponzoñó la vida; la hambre enflaquecida tendió sus brazos lívidos, ahogando cuanto el contagio perdonó; tres veces de Jano el templo abrimos, y á la trompa de Marte aliento dimos; tres veces, ¡ay! los dioses tutelares su escudo nos negaron, y nos vimos rotos en tierra y rotos en los mares. ¿Qué en tanto tiempo viste por tus inmensos términos, oh Iberia? ¿Qué viste ya sino funesto luto, honda tristeza, sin igual miseria, de tu vil servidumbre acerbo fruto?

Así, rota la vela, abierto el lado, pobre bajel á naufragar camina, de tormenta en tormenta despeñado, por los yermos del mar; ya ni en su popa las guirraldas se ven que antes le ornaban, ni en señal de esperanza y descontento la flámula riendo al aire ondea. Cesó en su dulce canto el pasajero; ahogó su vocería el ronco marinero; terror de muerte en torno le rodea, terror de muerte silencioso y frío, y él va á estrellarse al áspero bajío.

Llega el momento, en fin; tiende su mano el tirano del mundo al Occidente, y fiero exclama: «El Occidente es mío.» Bárbaro gozo en su ceñuda frente resplandeció, como en el seno oscuro

de nube tormentosa en el estío relámpago fugaz brilla un momento, que añade horror con su fulgor sombrío. Sus guerreros feroces con gritos de soberbia el viento llenan; gimen los yunques, los martillos suenan, arden las forjas. ¡Oh vergüenza! ¿Acaso pensáis que espadas son para el combate las que mueven sus manos codiciosas? No en tanto os estiméis: grillos, esposas, cadenas son que en vergonzosos lazos por siempre amarren tan inertes brazos.

Estremeciósse España del indigno rumor que cerca oía, y al grande impulso de su justa-saña rompió el volcán que en su interior hervía. Sus déspotas antiguos consternados y pálidos se esconden; resuena el eco de venganza en torno, y del Tajo las márgenes responden: «¡Venganza!» ¿Dónde están, sagrado río, los colosos de oprobio y de vergüenza, qué nuestro bien en su insolencia ahogaban? Su gloria fué, nuestro esplendor comienza; y tú, orgulloso y fiero, viendo que aún hay Castilla y castellanos, precipitas al mar tus rubias ondas diciendo: «Ya acabaron los tiranos.»

¡Oh triunfo! ¡Oh gloria! ¡Oh celestial momento! ¿Con que pu. de ya dar el labio mío el nombre augusto de la patria al viento? Yo le daré, más no en el arpa de oro que mi cantar sonoro acompañó hasta aquí; no aprisionado en estrecho recinto, en que se apoca el numen en el pecho y el aliento fatídico en la boca. Desenterrad la lira de Tirteo, y el aire abierto á la radiante lumbre del sol, en la alta cumbre del ríscoso y pinífero Fuenfria, allí volaré yo, y allí cantando con voz que atruene en rededor la sierra, lanzaré por los campos castellanos los ecos de la gloria y de la guerra.

¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime, único asilo y sacrosanto escudo al impetu sañudo del fiero Atila que á Occidente oprime! ¡Guerra, guerra, españoles! En el Bétis ved del Tercer Fernán. alzarse airada la augusta sombra; su divina frente mostrar Gonzalo en la imperial Granada, blandir el Cid su centellante espada; y allá sobre los altos Pirineos, del hijo de Jimena animarse los miembros giganteos. En torvo ceño y desdeñosa pena ved cómo cruzan por los aires vanos; y el valor exhalando que se encierra dentro del hueco de sus tumbas frías, en fiera y ronca voz pronuncia: «¡Guerra!»

¡Pues qué! ¿Con faz serena

vierais los campos devastar opimos, eterno objeto de ambición ajena, herencia inmensa que afanando os dimos? Despertad, raza de héroes: el momento llegó ya de arrojaros á la victoria; que vuestro nombre eclipse nuestro nombre; que vuestra gloria humille nuestra gloria. No ha sido en el gran día el altar de la patria alzado en vano por vuestra mano fuerte. Juradlo, ella os lo manda: «¡Antes la muerte, que consentir jamás ningún tirano!»

Si, yo lo juro, venerables sombras; yo lo juro también, y en este instante ya me siento mayor. Dadme una lanza, ceñidme el casco fiero y refulgente; volem. al combate, á la venganza, y el que niegue su pecho á la esperanza, hunda en el polvo la cobarde frente. Tal vez el gran torrente de la devastación en su carrera me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura no se muere una vez? ¿No iré, espirando, á encontrar nuestros ínclitos mayores? «Salud, ¡oh padres de la patria mía! Yo les di, é, salud. La heroica España de entre el estrago universal y horrores levanta la cabeza ensangrentada, y vencedora de su mal destino, vuelve á dar á la tierra amedrentada su cetro de oro y su blasón divino.»

MANUEL JOSE QUINTANA.

EL CANTO DEL COSACO

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra! La Europa os brinda espléndido botín: sangrienta charca sus campiñas sean, de los grajos su ejército festín.

¡Hurra! ¡a caballo, hijos de la niebla! Suelta la rienda, á combatir volad: ¿Veis esas tierras fértiles? Las puebla gente opulenta, afeminada ya.

Casas, palacios, campos y jardines, todo es hermoso y refulgente allí: son sus hembras celestes serafines; su sol alumbr. un cielo de zafir.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

Nuestros sean su oro y sus placeres: gocemos de ese campo y ese sol; son sus soldados menos que mujeres, sus reyes viles mercaderes son.

Vedlos huir para esconder su oro; vedlos cobardes lágrimas verter... ¡Hurra! volad: sus cuerpos, su tesoro huellen nuestros caballos con sus pies.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

Dictará allí nuestro capricho leyes, nuestras casas alcázares serán, los cetros y coronas de los reyes cual juguetes de niños rodarán.

¡Hurra! ¡volad! á hartar nuestros deseos: las más hermosas nos darán su amor,

DON QUIJOTE



Principios de dibujo.



Está oscuro y huele a queso.



Reproduccion de una caja de cerillas de cinco centimos



En buenas manos está el pandero.



La situación de la prensa.



¡Se la cortaron!



La espada de Bernardo.



Mac-Kinley, literato

y no hallarán nuestros semblantes feos,
que siempre brilla hermoso el vencedor.

¡Hurra, cosacos del desierto!

Desgarraremos la vencida Europa
cual tigres que devoran su ración;
en sangre empaparemos nuestra ropa
cual rojo manto de imperial señor.

Nuestros nobles caballos relinchando
regias habitaciones morarán;
cien esclavos, sus frentes inclinando,
al mover nuestros ojos temblarán.

¡Hurra, cosacos del desierto!

Venid, volad, guerreros al desierto
como nubes en negra confusión,
todos suelto el bridón, el ojo incierto,
todos atropellándoos en montón.

Id en la espesa niebla confundidos,
cual tromba que arrebató el huracán,
cual témpanos de hielo endurecidos
por entre rocas despeñados van.

¡Hurra, cosacos del desierto!

Nuestros padres un tiempo caminaron
hasta llegar á una imperial ciudad;
un sol más puro es fama que encontraron,
y palacios de oro y de cristal.

Vadearon el Tíbre sus bridones,
yerta á sus pies la tierra enmudeció;
su sueño con fantásticas canciones
la fada de los triunfos arrulló.

¡Hurra, cosacos del desierto!

¡Qué! ¿No sentís la lanza estremecerse,
hambrienta, en vuestras manos, de matar?
¿No veis entre la niebla aparecerse
visiones mil que el parabién nos dan?

Escudo de esas miserables naciones
era ese muro que abatido fué;
la gloria de Polonia y sus blasones
en humo y sangre convertidos ved.

¡Hurra, cosacos del desierto!

¿Quién en dolor trocó sus alegrías?
¿Quién sus hijos triunfante encadenó?
¿Quién puso fin á sus gloriosos días?
¿Quién en su propia sangre los ahogó?

¡Hurra, cosacos! ¡gloria al más valiente!
Esos hombres de Europa nos verán:
¡Hurra! nuestros caballos en su frente
hondas sus herraduras marcarán.

¡Hurra, cosacos del desierto!

A cada bote de la lanza ruda,
á cada escape en la abrasada lid,
la sangrienta ración de carne cruda
bajo la silla sentiréis hervir.

Y allá después en templos suntuosos,
sirviéndonos de mesa algún altar,
nuestra sed calmarán vinos sabrosos,
hurtará nuestra hambre blanco pan.

¡Hurra, cosacos del desierto!

Y nuestras madres nos verán triunfantes,
y á esa caduca Europa á nuestros pies,
y acudirán de gozo palpitantes,
en cada hijo á contemplar un rey.

Nuestros hijos sabrán nuestras acciones,
las coronas de Europa heredarán,
y á conquistar también otras regiones
el caballo y la lanza aprestarán.

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!

*La Europa os brinda espléndido botín:
sangrienta charca sus campiñas sean,
de los grajos su ejército festín.*

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

LA OPINIÓN

La sien latiendo, turbia la mirada,
teñido el rostro de rubor sangriento,
la espléndida melena suelta al viento,
la vestidura al seno desgarrada;

Ella me ciñe en lúbrica lazada,
trémulo el cuerpo, el labio macilento,
con honda sed biéndome el aliento,
en su boca mi boca aprisionada.

¡Oh, visión, que mis sueños envenenas
y en lava de volcán hinchas mis venas!
¿Quién eres, di, mujer, deidad ó arpía?

—Soy la opinión, tu esclava y tu tirana:
hoy, transida de amor, tu barragana;
ayer, tu dama infiel con befa impía.

ANTONIO DE LOS RÍOS ROSAS.

Á QUEVEDO

De las amargas olas de tu llanto
nacieron las espumas de tu risa,
y hoy no distingue el ánima indecisa
lo que es en tí gemido y lo que es canto.

Ya del austero Bruto con el manto,
ya de Marcial siguiendo la divisa,
del tiempo, que de tí se aleja aprisa,
eres admiración, gloria y encanto.

Bajo los dardos de tu ingenio agudos
el vicio y la maldad doblan las frentes,
hay jueces sordos y tiranos mudos;
que tal fué su misión entre las gentes:
ir por la tierra con los pies desnudos
aplastando cabezas de serpientes.

MANUEL DEL PALACIO.

EL MONSTRUO ANILLADO

En el confuso tropel
del humano laberinto,
busca el malo por instinto
al que vale menos que él,
y le hace depositario
de algo infame que es secreto,
uniéndose al mal sujeto
que eleva al buen secretario.
Este, que juez ó censor
para sus vicios no quiere,
buscando quien le tolere,
se liga á un tuno mayor,
el cual, instintivamente,
busca á otro más desalmado
que á su vez está ligado
con otro más delincuente;
y así, de anillo en anillo,
va la cadena social
como la escala del mal,
bajando de santo á pillo.
Ninguno romperla puede,
ni su libertad consigue
y ha de tirar del que sigue
si le arrastra el que precede.
Y el robo se une en misterio
con argolla al homicidio,
el tirón que da el presidio
se siente en el ministerio.
Vence, quien tira mejor,
por eso de vez en cuando
se ve un ministro arrastrando
detrás de un secuestrador;
el criminal quedó oculto,
y la honradez sin abrigo,
el juez que impone el castigo,
burlado con el indulto;
¡y el hampa, la infame grey,
forma ese monstruo anillado,
que suele estar enroscado,
en la espada de la ley!

LEOPOLDO CANO.

Á LA NIÑA R. A. F.

Quando á mi tierra vuelto
pasé, tras larga ausencia,
cogidos de la mano
mis enfermizos hijos por tu puerta,
tú, al balcón asomada,
sacando la cabeza,
rubia como una espiga,
á través de la verde enredadera:
«Bien venido, dijiste,
á su patria el poeta.»

Levanté al escucharte
mi frente de tinieblas,
y he recordado al verte
de aquel cuadro alemán aquella escena
en que, cual tú, una niña,
asomada á la reja,
ofrece una corona,
tejida de laurel y madreselva,
á un soldado que vuelve
herido de la guerra.

Yo, como aquel soldado,
luché con mala estrella,
y llegaba á mis lares
desagrado también, también sin fuerzas.
¡Ah! Pero su derrota
quizá no le avergüenza;
y yo dejé en el campo,
de los tiranos enemigos presa,
mi ejército—los parias,
la libertad—mi enseña.

Profunda era la noche,
la confianza ciega;
todos dormían... menos

la traición que medita la sorpresa.

Quando de pronto vimos
feroces, carniceras,
venir sobre nosotros
las insurreccionadas turbas ébrias,
¿por qué, despedazados,
no hemos muerto en la brecha?

—
Todos huyeron, todos,
como espantadas ciervas,
y no quiso ninguno
el horror aceptar de la hora extrema...
Y el que nunca á su patria
sobrevivir debiera,
alma sin ideales,
de libertad y de esperanza huérfana,
mendiga de un espectro
la inútil existencia.

—
Niña, de la del cuadro
azul reminiscencia,
el soldado vencido
posible es que á luchar otra vez vuelva.
Si entonces victorioso
no pasa por tu puerta,
niégale tu saludo,
no coronas su sien, de oprobio llena.
Los que hacia el bien caminan
triunfan ó no regresan.

M. CURROS ENRIQUEZ.

ZOOLOGÍA POLÍTICA

GATAZO

—¿Qué título es este, Sancho?
—Pues el que corresponde á un animal muy grande,
ya lo ve vuesa merced; «Gatazo», aumentativo de gato,
y como anda ahora esto de la censura, pues he ideado
que dejando la política—para que así no se metan con
nosotros—pobrecitos—que no somos rotativos—y nos
ocupemos de historia natural.

—Veamos cómo sales tú con eso, de lo cual has de
entender tanto como los sabios de los periódicos «cir-
culantes» entienden de todo lo que hablan. Jamás
creí que tú supieses que existía esa ciencia, «Historia
natural».

—Pues ahora va á verlo vuesa merced. «Gatazo» no
es lo mismo que gato ó gatito. Un gato lindo, relami-
do, goloso, medroso y zalamero como D. Segis, no pue-
de parecerse á un gato grande, de enorme cabezota,
glotón, nada elegante, pardusco y tripón... un gatito
mimoso—falso como todos—pero al fin débil y ma-
hullador.

D. Segis—digo—el gatito pudo nacer en un cestito
de costura y ser jugador y á veces tonto... pero el «Ga-
tazo», generalmente nacido en alguna casa de campo,
es medio salvaje. Su ferocidad implacable... no haya
cuidado de que la revele; estad seguros de que dará la
dentellada y el zarpazo cuando menos lo esperéis. Ha-
ciéndose el dormido, medio cerrados los ojos... los ten-
drá, sin que lo notéis, fijos con la intención en la olla
ó en la tajada. Es tosco, pocas veces mahulla, y cuando
lo hace, su mahullido es áspero, desagradable y recio.

No digáis nada en contra de él... las gentes son tan
tontas que aún le creen un animal útil y le dejan cus-
todiando la alacena á él que engordó acaparándolo
todo, á él que no tiene amor, no ya á las personas, sino
ni aun á la casa.

Un monstruo así es, señor D. Quijote, el más funes-
to y temible que puede caer sobre una casa cualquiera
y aun sobre un pueblo, porque los bobalicones de los
vecinos no echan de ver que «Gatazo» es ladrón de
todas las alacenas.

Oyense los rugidos del león... y pronto los hombres
se reúnen, toman las armas, preparan emboscadas y
disponen una batalla contra la terrible fiera... y salen
á luchar con el tirano.

¿Viene una invasión de langostas? También se pin-
tan los vestidos y hacen cuanto es posible por atajar
el desarrollo de la plaga y por dar muerte á los devas-
tadores insectos.

Contra Gatazo nadie toma providencia alguna,—ahí
está en la despensa, en la cocina ó en el gabinete...
muy reposadamente y muy tranquilo, y hasta pasa por
ser un utilísimo animal doméstico...

Su cinismo es tal—«que hasta á vuestros ojos salta-
rá á robar la magra».

El «Gatazo» es la peor, la más hipócrita, la más odio-
sa y repugnante de las fieras. Gentes hay que conside-
ran, al verle tan gordo y mantecoso, que ha de ser un
buen bocado... y vive Dios que se engañan.

—Mira que oír decir que para algunos es un buen
manjar.

—Gatos hay que lo podrán ser—por lo tierno de su
carne—pero el gatazo capón y viejo es coreoso y tie-
ne un tufo insufrible. Lo bueno será dar con él diver-
sión á los chicos, que al rabo le aten una lata y luego lo
ahorquen, y le desuelen... pero el «Gatazo» es muy as-
tuto y se arrojará á sacar los ojos del primero que se le
ponga ante el hocico. Y dígame vuesa merced, que
tanto sabe, ¿tienen alma los animales?

—Opiniones hay muchas y de muy sabios varones;
—pero desde luego no es su alma como las de los
hombres—hechas á imagen y semejanza de Dios.